

subía y subía mas. Se encontraba á dos pasos de nuestras varas; no faltaba mas que una oleada, y la prueba estaba hecha..... Llegó, esta ola, la veía de lejos toda cubierta de blanca espuma; se aumentaba y amenazaba como una tempestad..... se aproxima, se precipita sobre nuestras ramas..... Volví la cabeza; Andrés exhaló un suspiro..... la vara de mi hermano estaba derribada; la mia había permanecido en la arena. Iba á regocijarme, tal vez, cuando una segunda ola arroja sobre la ribera la primera vara y arranca la mia; una tercera ola se tragó á las dos.

“No procuramos explicar el resultado de nuestra prueba: pensativos y reprochándonos el dar alguna importancia á los juegos infantiles, nos volvimos á la casa del Cabo. Natividad estaba sentada bajo los sauces en su lugar acostumbrado, y ocultaba y cosía en la manga de sus vestidos del día siguiente, diez piezas de plata destinadas á pagar misas. Esta práctica supersticiosa estaba muy esparcida en Plougastel, donde no se dudaba de su eficacia para obtener un número favorable. Había otra todavía mas singular, y de la que tendré ocasion de hablaros.

“Por lo demas, cada canton tiene sus preservativos contra este sorteo, espanto y desolacion de las familias. En las riberas de Plounéourtrez, por ejemplo, el jóven tiene sus recursos en el anillo de matrimonio de su madre y en los hue-

sos de sus antepasados; promete erigir una cruz de piedra, bien sea en su puerta ó en alguna encrucijada, ó hace voto de ir en peregrinacion al país de Vannes á la capilla de Santa Ana d'Auray.

“Aprovechando un momento en que yo me encontraba solo, Natividad entra en mi aposento. Sentado cerca de la mesa con la cabeza apoyada en las manos, me dejaba llevar por un doloroso delirio. Cuando levanté los ojos, mi hermana estaba delante, no con ese aire festivo que le era ordinario, sino pálida y con los ojos húmedos.

“Escucha, me dice, apoyándose en mi espalda, yo no quiero que seas soldado; no quiero que te vayas. Conozco un secreto para salvarte y vengo á decírtelo. Esta noche te levantarás silenciosamente, teniendo cuidado de no despertar á nadie; irás al cementerio de la parroquia, y buscarás la tumba del último que se haya inhumado, y á la primera campanada de las doce, sobre esta tumba tomarás con la mano izquierda un poco de tierra recién removida y la pasarás furtivamente á la mano derecha para ocultarla en la cintura: cuando hayas hecho esto, podrán llamarte al sorteo, y nada tendrás que temer.”

“Natividad hablaba con una veemencia y una exaltacion, que me hizo enmudecer de sorpresa. Ignoraba hasta entónces cómo una muger, débil, se vuelve otra cuando amenaza una des-

gracia á la persona á quien ama. Era yo al que amaba. Sí, no era á mi hermano, era á mí á quien queria salvar Natividad. Con el corazon lleno de reconocimiento y de amor, me fué necesario un violento esfuerzo sobre mí mismo para mantenerme en la promesa que habia hecho á Andres, y ocultar en mi pecho una cosa que me esponia á traicionarlo. Bajé los ojos y le respondí con insegura voz:

“Natividad, por la primera vez te desobedeceré. No creo en la virtud de tu secreto, y respeto mucho las tumbas para llevar allí una mano que, no estando guiada por la fé, seria sacrilega. Si participara de tu confianza, rehusaria aun seguir tu consejo. La felicidad de Andres es la mia; puede depender de la suerte que nos reserva el dia de mañana. ¿Yo estaria exento de culpa buscando un recurso que faltaba á mi amigo? ¡Tú no sabes, no puedes saber qué tesoro le robaria!”

—“Lo sé todo, dice ella con voz sofocada, y se sale.

“En la tarde se sienta en un rincon de la chimenea, envuelve su cabeza en el delantal, y no habla nada.

“Andres y yo nos retiramos á buena hora á nuestra pieza, y á pesar de las emociones que llenaban mi alma, me dormí desde luego. No sé si las estrañas instrucciones de Natividad se

me presentaron á la memoria y me recordaron otros misterios análogos; pero me creí trasportado cerca de un *menhir*, que vos habeis visto tal vez entre la mansion de Kérérault y los bosques de Cosquer.

Una muger vestida con una túnica blanca, oprimido el talle por un cinturon de cobre, con la cabeza coronada de verbena, se avanzaba lentamente á favor de las sombras de la noche.

Los pálidos rayos de la luna me permitian ver sus bellos pies desnudos, su negra cabellera que caía en bucles sobre su espalda, y tambien una doble corona de encina suspendida en sus hombros.

Sin dejar de andar, hablaba consigo misma.

“¿Quién le resistirá, decia, cuando le haya encontrado al sexto dia de la luna; cuando bajo los pliegues de mi túnica, mi mano derecha, despues de haberla arrancado, la dejará tomar á mi mano izquierda? ¡El sélage es sagrado! ¡el sélage es poderoso cuando no lo ha tocado el lucero que le roba por sorpresa!”

Creí reconocer á Natividad, é hice un movimiento para lanzarme hácia ella.

Al punto el *menhir* se convierte en calvario; busqué á la druidesa y ví en su lugar una mu-

ger con largos vestidos negros y la frente cubierta con una venda. Ella era mi hermana.

Estaba de rodillas á los pies de la cruz y decía:

“Hé levantado los ojos hácia las santas montañas de donde me debe venir el auxilio. Mi socorro vendrá del Señor que ha hecho el cielo y la tierra.”

Desperté en este instante de mi sueño. El astro querido de las hadas ingeniosas, brillaba en el cielo y esparcía una dulce claridad sobre nuestra pepueña ventana. Cuando abrí los ojos, se diseñaba una sombra en el rayo de luz que atravesaba la habitacion.

Una forma humana pasaba por nuestro cercado y se dirigia hácia la barrera.

Me preguntaba si estaba aún bajo la influencia de mi imaginacion; si esta nueva aparicion era un nuevo sueño. Pied-Blanc no habia ladrado.

Si alguno sale de la casa, no era ningun extraño: osaba apenas dar cabida á la sospecha que se deslizaba en mi corazon; no sabia qué hacer.

Sin embargo, convencido más de la realidad

de mi última vision, procuré buscar la explicacion en el lugar en que debia encontrarla.

Me levanté con precaucion para no despertar á Andres; me vestí lo mas violento que pude, supuesto el cuidado que tuve que tomar para no ser oido, con el gran sombrero sumido hasta los ojos y el baston en la mano, tomé el camino del Passage.

Por la noche, la campiña es triste, sobre todo al borde del mar. Muchos lejanos horizontes á los reflejos de púrpura, muchas flores, muchas mariposas pintadas, muchos de esos ruidosos conciertos de pájaros, tan agradables á los oidos del hombre; una tinta uniforme se estiende en el cielo y en la tierra. Algunas rocas vagamente iluminadas, sobresalen como grandes pálidos fantasmas, en medio de los montes y arenales oscuros. En el camino la vista distingue un brazo siniestro y amenazador.

Todos los matorrales toman una forma bisarra y fantástica.

El mar ha perdido el azul de sus ondas y la blancura de su espuma; no ha quedado mas que sus gemidos y su terrible inmensidad.

No se escucha el canto de los pastores, ni la lejana llamada de la concha marina, ni las campanillas de las yuntas, ni el balido de los rebaños.

El silencio se estiende á nuestro derredor como al borde de las tumbas donde descansan nuestros antecesores y donde reposaremos nosotros mas tarde.

El viajero nocturno se veria solo en posesion de la vida, si no oyera por intervalos el ruido de las alas de una mariposa nocturna ó los cantos proféticos de una ave lúgubre.

“Pero si la noche por sí misma, nos lleva á las ideas sombrías, ¿qué será cuando estamos preocupados por algun terror ó por algunas molestias? Deseoso de llegar al fin, aceleré el paso, pasé delante de la capilla de Saint-Languy, donde brillaba la lámpara, fiel imágen del ojo que vela sobre nosotros y que no duerme jamas; tomé el camino ascendente que conduce á la parroquia, y pronto estuve á la entrada del cementerio.

“No, no fué un temor pueril el que me hizo temblar cuando hube pasado la escalera y cuando me encontré en medio de las tumbas; otro sentimiento me agitaba.

Conoceis ese hermoso calvario de Plougastel, erigido en los primeros años del siglo diez y siete por un Sr. de Kéreraul en cumplimiento de un voto hecho en tiempo de peste: allí fuí á arrodillarme un momento.

El basamento macizo de esta maravilla del país, la multitud de estatuas que estaban colo-

cadas allí en dos órdenes superpuestas, me ocultaban una parte del cementerio, que la luna no alumbraba sino débilmente.

Oraba; pero mi pensamiento no estaba absolutamente en la oracion; recorria este último asilo de la muerte; traspasaba esa cortina de piedras y oscuridad que me ocultaba tal vez, la mas amada de mi corazon.

Suenan las doce, me levanté; me deslize al traves de la yerba crecida; dirigí unas miradas á las tumbas que me rodeaban. Distinguí al punto muy cerca de la Iglesia, á una mujer envuelta en un capuchon de due'lo: ella viene á encontrarme; pero con la cabeza baja y sin verme. Me detuve y la esperé.

¡Oh! no podia dudarlo, era ella, la tímida, la supersticiosa Natividad: ella, que no se atrevia á salir por las tardes á los engañadores *élovezets*; su ternura por miedo, habia encontrado por mí el valor para desafiarlo todo!

Ella no me apercibió sino hasta que me rozó con su capuchon negro; me tuvo por su ángel bueno, y se vió próxima á desmayarse. La sostengo, la llevo hácia el calvario, y haciéndola sentar, “¡Natividad, hermana mia, le digo, soy yo quien estoy á tu lado. Es Adrian que te ama y que será el mas dichoso de los hombres si Dios le confia tu felicidad.”

“Natividad permanece un momento inmóvil y muda como las estatuas de piedra agrupadas en nuestro derredor. Yo estaba loco de contento y habia olvidado mi juramento. Repetia con locura una confesion tanto tiempo diferida, cuando Natividad pone su dedo en mi boca. “Amigo mio, dice, salgamos de aquí, he venido para salvarte y para salvarme á mí misma. Tú no serás soldado; te quedarás con nosotros. Esta tierra que llevo, esperaba ocultarla en tu vestido durante tu sueño; pero puesto que me has sorprendido, consentirás en tomarla; ¿no es cierto?..... Tendrás piedad de mí, dímelo, dímelo pronto!..... Si no crees en su virtud.....

—“¡Oh! creo, le respondí, interrumpiéndola, puesto que tú eres la que me lo das!

—“La fé que me falta, tú la posees y Dios no engaña nunca á la fé. Natividad, mi muy amada, no tengo miedo del porvenir. El cielo ha hecho de tí mi Providencia; como un Angel de la guarda, tú me abrigarás bajo tus alas. Viviremos orando, cantando, y amándonos los dos.

—“Una vez mas, salgamos de aquí; repitió la que me escuchaba y á quien no veré ya.

“¡Oh amigo mio, estamos en medio de los muertos!”

—“¡Dios es bueno! exclamé, conoce la pureza de nuestros amores y los bendice. ¿No reposa bajo esta cruz tu madre, la que te acostaba

en la misma cuna donde yo habia dormido largo tiempo? Dime, ¿si esta madre, que fué tambien la mia, nos viera y nos escuchara en estos momentos, nos avergonzaríamos delante de ella, no solamente de nuestras palabras, sino del mas secreto de nuestros pensamientos?..... Yo te amo mas que á mi vida, mas aún que mis deberes. Te amo, no como á esas mugeres ligeras, siempre ocupadas de los placeres, sino porque tú serás una esposa virtuosa y una madre llena de abnegacion.

“Las desgracias pueden venir; yo me apoyaré en tu corazon, y ellas se alejarán de mí. Tú no eres una de esas naturalezas hechas solo para la felicidad, una de esas flores que no se abren sino para el sol, y que se cierran cuando el cielo está cubierto de nubes.

—“Tengo miedo, dijo Natividad, volveremos al Cabo.” Y salimos del cementerio.

“Ahora, heme aquí viejo; porque menos que los años, las desgracias originan la vejez. Mis cabellos se han encanecido, mi frente se ha cubierto de arrugas, mi sangre se ha helado en mis venas, he perdido todo lo que era propio fuera de los recuerdos. ¡Oh noche de esperanza y de amor! ¡noche de ilusiones y de delicias! Los años pueden acumularse sobre mi cabeza, nuevas desgracias pueden añadirse al fardo de los males que pesan sobre mí! ¡Nunca te olvidaré!...

Tomados de las manos como dos amantes que se dirigen al altar, descendimos por el camino haciendo mil proyectos. ¡Cuántos placeres debíamos encontrar en la vida doméstica! ¡Qué de previsoras atenciones, en la vejez de nuestro padre y del padre Loberlac! Este último dejaría su casa y vendría á habitar con nosotros. ¡Y Andres, este pobre Andres! ¡Oh! nosotros lo consoláramos y le escojeríamos una compañera.

Nos parecía ya verlo en su taller, riendo conmigo de su antigua rivalidad. Todo se arreglaba á las mil maravillas. Natividad, armada con su talisman, Natividad, llena de confianza, habia vuelto á ser la contenta niña de la casa del Cabo, la juguetona discípula de Roc-Nivélen. Solamente que á la entrada del camino de Daoulas se detiene delante de esas cruces que marcan el lugar en que algunos han perecido, haciendo una oracion, segun las costumbres seguidas por todos los transeuntes, me dijo: "Seremos muy felices. . . . si pudiésemos no morir!"

"Cuando me encontré de nuevo en mi pieza, cerca de la cama, donde Andres parecía luchar con su penoso sueño, deposité en mis vestidos la tierra recojida por Natividad. Me confiaba á este encanto, sabia que fé habia sido necesaria para que una jóven se decidiese á buscar á tal lugar y á esa hora de la noche. "Tened fé, como un grano de mostaza, dice el Evangelio, y trasportareis las montañas."

"Desgraciadamente mi confianza no estaba exenta de remordimientos. ¿Andres no tenia derechos á quejarse de mí? . . . El egoismo es elocuente; procuré persuadirme de que elegido por Natividad misma, debia sacrificarlo todo á nuestro amor. Hice esfuerzos para creerlo; pero á pesar de ello, no lo pude conseguir, y mil veces estuve á punto de echarme á los pies de mi hermano para pedirle perdon.

El sorteo tenia lugar en Daoulas, en la capilla de Santa Ana. Desde el principio del dia, Mazé se puso en camino con nosotros. Su calma habitual no lo habia abandonado. El temor de perder á alguno de nosotros, y tal vez á los dos, no se revelaba ni en sus palabras, ni en la expresion de sus miradas. Frecuentemente calculaba cuánto podriamos ganar por dia; ensalzaba nuestra profesion, rebajando el estado militar, y agregaba que quisiera casar á su hija con uno de nosotros, porque estábamos habituados los unos á los otros, y que el hábito de vivir juntos es la mejor garantía para un buen matrimonio. No decia una palabra fuera de los intereses materiales; yo me hubiera indignado si no hubiera conocido todo lo que tenia de bondadoso, de generoso y de virtuoso bajo esta singular envoltura.

Quando llegamos á Daoulas, muchos jóvenes estaban reunidos ya al rededor de las minas de la Abadía. Estos despojos de un pasado religioso lleno de maravillas, agregaban tristeza á

la tristeza de este día. La leyenda hace de esta Abadía, la expresión de un doble crimen cometido por un señor de Faon. Habiendo sabido que los superiores de los monasterios de Cornouaille, se habían reunido no lejos de sus tierras, para conferir oficios, este señor, pagano aún, se hizo acompañar de una parte de sus súbditos y derribó las puertas de la iglesia donde se encontraban los enemigos de su falsa religión. San Tadeo fué muerto cerca del altar; San Judulo fué degollado en los momentos en que huía á Landévenec. Sin embargo, Dios venga á sus servidores. Un dragon horrible destruye la aldea de Faon y sus alrededores; el señor es poseído por el espíritu maligno, y fué necesario todo el poder de Saint-Pol, obispo de Leon, para vencer el monstruo y curar al asesino. Este se convierte al cristianismo, y en reparación de su crimen, funda el monasterio de Daoulas ó *de las dos plagas, ó de los dos dolores*, en el mismo lugar donde San Judulo había sido asesinado por él. No queda mas que una fachada y algunos pilares del edificio primitivo; el vandalismo ha destruido lo que el tiempo no pudo destruir.

“No detendré vuestra atención sino un momento, en un cuadro penoso. El sorteo comienza. Las ancianas, apoyadas en los antiguos muros, hacían deslizar por sus dedos las cuentas del rosario, ó con los brazos cruzados sobre el pecho, la cabeza baja, inmóviles como cadáveres, aguardaban el instante fatal. Aquí un pa-

dre se felicitaba de las enfermedades de su hijo; allá una madre oprimiendo la mano de su hijo único, se regocijaba de ser viuda. Entre las jóvenes, las unas pálidas, abatidas, no podían quitar la vista de la urna terrible y no disimulaban nada su terror; otras, por el contrario, afectaban una alegría extraordinaria, un gozo loco, y sus risas tenían algo de heridor.

Solo la autoridad administrativa y militar, estaba toda impasible en medio de esta muchedumbre agitada, personificando la ciega fortuna y desdoblado uno á uno los billetes, felices ó desgraciados, pronunciaba, con la misma entonación de voz, la libertad ó la servidumbre.

“Llegó mi turno, metí la mano en la urna, y la suerte me favoreció. Yo era libre; pero nadie me aseguraba todavía la dicha á que aspiraba. Si Andres triunfaba como yo, de esta primera prueba, sabía que nuestro padre buscaría una nueva para fijar su elección entre nosotros. ¿Osaré decir que me fué necesario un violento esfuerzo para no abrigar un deseo culpable en el momento en que fué llamado mi mejor, mi único amigo? Conocía la naturaleza el poeta que decía que el amor fué alimentado por los monstruos de las selvas. Si fuera de otra manera, ¿acaso hubiera yo experimentado un movimiento de gozo forzado cuando ví á Andrés palidecer y bajar tristemente la cabeza, al leer el billete que acababa de elegir? Al menos puedo asegurar que este gozo horrible nos